



---

## **Mi patria son las palabras**

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Derechos reservados © 2020, respecto a la primera edición en español, por:

© Jorge Cuadrelli

© Editorial Samarcanda

ISBN: 9788417941369

ISBN e-book: 9788417941758

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.

Plaza de la Magdalena, 9, 3 (41001-Sevilla)

[www.lantia.com](http://www.lantia.com)

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

---

---

*Dedicado a:*

*Maite, a mis hij@s, Natacha, Painé, Rocío y Nahuel,  
a sus madres, a mis nietos, Amaru, Diego Romeo, Leo y  
Héctor, a mis alumnos, a los amigos de tantos países, a  
mis innumerables maestros y a mis compañeros de viaje  
en este azar que la vida nos regala.*

---

---

# PRIMERA PARTE

---

---

# Los orígenes

«Neumonitis por hipersensibilidad crónica». ¡Toma castaña! Sorprendente, en mi barrio hubiesen dicho simplemente, «tenés los pulmones reventados», y si, ya habíamos hecho radiografías, biopsias, espirometrías, analíticas y no sé cuántas otras pruebas, pero hasta que no vimos el TAC de alta resolución, y digo «vimos», porque el médico no salía de su asombro y yo no entendía el mapita lleno de lo que parecían gusanitos en miniatura y otras formas extrañas. Y el colega, o sea, el tordo, sancionaba interrogante: «Yo no sé cómo has podido hacer la vida que has hecho en los últimos años, incluidas las actuaciones en el *Woyzeck*, con estos pulmones de...», no dijo mierda porque el tipo es educado, pero yo cacé al vuelo la «indirecta».

Bueno, esto sucedió *a posteriori*, previamente, después de un viaje a Italia para ver a mis hijos, nietos y amigos que tengo desparrramados por el mundo, me tumbaron en un sillón de urgencias y, al día siguiente, a planta, medicado, oxigenado, etc. Menos mal que la noche anterior pude ver la última peli de Almodóvar y que, en un momento soñé, podía ser también mi última visión. En fin, zafé esa noche y al día siguiente, toda esta historia hospitalaria de la que agradezco de manera infinita al servicio de Salud Pública que me sigue acompañando, incluido el Dr. Rodríguez Portal, que andará camuflado por ahí. «Gracias, galeno». Gran hombre.

Bien, no he venido a soltar mis penas. Estoy aquí para contar el cuento de mi vida, quiero decir, creo que García Márquez popularizó eso de «Vivir para contarla», yo me consuelo con otra

---

frase más humilde, «Morir para contarla», bueno, casi, porque ese trance cambió mi vida, y entendí que había estado corriendo demasiado, setenta años viviendo sin permiso, ha sido mi deporte preferido y, frenando en seco. Disculpen las expresiones gauchescas, se me cuelan.

Tengo la memoria destripada, diría un amigo, y que debía parar y volver a preguntarme —esto se lo debo a el Cabrero— lo que todo mortal pregunta, «¿quién soy y qué hago aquí?». Parece una pregunta sencilla, por un lado, y filosófica, por otro, pero es una pregunta necesaria, al menos lo fue para mí en ese/este momento.

Desde entonces todos los momentos son el mismo, el único, último y primero, porque el tiempo no es mío, yo le pertenezco, como pertenezco al viento, a la tierra Pachamama y a la lluvia, por ejemplo, porque son cosas que nadie me puede robar como al alma mía, que querés que te diga, amigo, amante, compañero, hija, nieto, hijos del sol, somos todos. Y para contestar a esa pregunta me armé de un pequeño cuadernito que me había regalado Diego Romeo —vaya nombre para un nieto, y para colmo, ítalo-argentino— y comencé a dibujar y, junto a cada dibujo de un solo trazo, sin corregir, soy haragán, un escrito inspirado en el dibujo, cada mañana, uno y uno. Algunas veces, nacía antes el escrito y luego el dibujo, y así seguí y sigo un día tras otros y seguro que puedo aburrir a algunos, o regocijar a otros, sonreír a los niños, divertir a los ancianos, pero, sobre todo, dejar tranquilos a mis nietos, que, sabiendo ellos que estaba mal mi salud, quedaron preocupados. Así que, mientras siguiese dibujando y escribiendo, les repetí, estaba por lo menos vivo, mal o peor que fuese, y hoy vengo a compartir esta alegría que he llamado *Mi patria son las palabras*, porque siendo un bastardo profesional cual soy, mi casa está en la frontera de ese no-lugar que es la literatura.



---

# Cortázar es demasiado bueno

No se puede competir con el monstruo, asíciate a él, entra en su caverna, descubre sus armas secretas, toma ejemplo, todo inútil. Aléjate de él, tampoco funciona, es una mosca cojonera que no te deja tranquilo, ha olido tu sudor, tus lágrimas, tu alma, y hasta que no acabe contigo, no te dejará en paz, recorrerá tus calles y paisajes, atravesará tu pueblo lleno de muertos como en *Pedro Páramo*, de ese otro usurpador de las entrañas de la tierra que es Rulfo, por qué tuve que ir a nacer en esos lugares donde toda la literatura ya está inventada o donde, como dicen de Bolaño, se ha demostrado que la literatura lo puede todo... Al carajo con esas jodidas historias, me pongo las pilas y adelante, me voy diciendo, en voz baja, naturalmente, que mi vida es ya literatura, pero que ahí está el problema. La forma, amigo mío, es esa mano que lleva la realidad al papel y la hace beneficio y magia, mano suave y fuerte al mismo tiempo, que mezcla las cosas y sigue un curso misterioso, imaginario y lúcido, tus asociaciones de imágenes son la base de ese juego al cual te abandonas para atravesar ese territorio desconocido, pero al que debes acudir para sacar petróleo, oro, diamantes, mierda, o lo que sea, y de esa combinación, el resultado que asomará como algo irremediablemente tuyo, tu firma y tu sentencia.

---

# Concordia

Extraño nombre para una ciudad, pero, los que fueron llegando, se lo tomaron al pie de la letra, literariamente hablando, y como el lenguaje nos hace, sus habitantes se esfuerzan, desde siempre, para estar en sintonía con ese nombre, no siempre lo consiguen, ¿por qué? Es que ya, qué trabajo cuesta ponerse de acuerdo entre dos, con más gente, la cosa se multiplica, geoméricamente, y no es para menos, así sucedió que fueron llegando los...

Corona, Fishman, Ostrovsky, Chávez, Furer, Ojeda, Kuper-vase, Arriaga, Eluani, Compá, Toledo, Maetakeda, Bertolucci, Alonso, Bonfanti, Garat, Sabio, Iribarren, Etcheverry Orcellet, Serei, Inohue, etc. —mi memoria no es infinita, pero...—, y como signo de identidad se les bautizaba por el aspecto físico, para crear, el nuevo universo, una especie de génesis rotunda que inauguraba el mundo.

Mi barrio era el mundo, o su representación y su dimensión. Un niño no controla bien esas cosas del Cosmos, ni tampoco las de la Eternidad, y así y allí comienza la aventura.

---

# Algunos apelativos

El sapo, el guaso, el turco, la gorda, los negritos, los moishes, el gitano, el vasco, el gato, la vaca, tapón de damajuana, foco de cocina, pechito, taquito militar, el checo, el colorao, mezclando acentos y figuras, se creaba ese laberinto lleno de color y sentimientos que a veces, no resistían la ironía, pero era lo que había.

Desde entonces me acostumbré a la convivencia con gente que venía de cualquier parte; creo que esa circunstancia me hizo comprender y aceptar mejor a los demás. Es necesario entrar en el código del otro y que puedes aprender visiones diferentes e incorporarlas a tu mochila de andar por el mundo, como si tuvieses ropa nueva siempre para estrenar según las circunstancias, las estaciones y esas variaciones que siempre pueden desequilibrarnos. Tener contrapesos que te ayuden a compensar ese paso delicado que tiene andar por el hilo de lo cotidiano y que solo, en apariencia, parece seguro e inmutable.

Todos esos apellidos extraños tenían orígenes lejanos, Yugoslavia, Japón o Corea, Ucrania, Polonia, Hungría, Checoslovaquia, Líbano, País Vasco, Siria, Croacia o Córdoba, Galicia o San Luis, me parecían entonces imágenes de una revista parecida a la colección de futbolistas que comprábamos en el quiosco del Gordo Baldomero, que, por cierto, casi no entraba en la pequeña caseta que ocupa su «negocio», una especie de esfinge de Buda criollo que mantenía su dignidad con una estrecha chaqueta Príncipe de Gales, herencia de quién sabe qué parte de la familia, que de Gales seguro no venía, más bien del sur de Italia. «Los tanos», ese

---

nombre que cada vez resultó más habitual por cantidad y gestualidad, en ese universo de orígenes extraños y ahora tan cercanos que circunscribían mi barrio y despertaban mi curiosidad literaria, sea escrita u oral.

Me gustaba escuchar sus anécdotas y esas mitologías que cada uno contaba de su tierra de origen, presentando sus historias reales o imaginarias que, dignificaban la «aristocracia» de sus raíces, compitiendo con complicidad en esa refundación de una identidad que desembocaría en ese peculiar fenómeno que se llama: «ser argentino», y que, como años después, con su aire campechano y cargado de humor, seriedad e ironía, diría el radical Raúl Alfonsín: «Es la mejor materia prima que podemos exportar, nuestro modo de ser».

Difícilmente se podía poner en duda la veracidad de esas exageraciones en los detalles de su gente y paisajes, y de las anécdotas que rodeaban las circunstancias y penurias del aventurero viaje que habían emprendido con los riesgos que conllevaba.

Tuve la intuición de que, en los albergues de inmigrantes en USA, eran más bien víctimas de su historia, mientras que, los que vinieron aquí, se erguían en héroes y protagonistas de un nuevo acontecer de la historia.

La literatura que nació en cada lugar tuvo motivos mitológicos y sus microhistorias son la materia prima que alimentó las fantasías del imaginario local. *Los siete locos*, de Roberto Arlt, ya era parte de la trama, y el negro de su *Isla desierta* prefigura ya la paradoja metafórica de las relaciones hiperbólicas de los argentinos con el poder, posteriormente enfatizadas, por el Jorge Luis Borges.

Vuelvo a casa y a aquel barrio, allí el más autorizado, era el viejo don Gregorio Ross, gallego como su mujer, doña Rosa, canosa, de infinita cabellera, protegida con su rodete. Ella entre severa y risueña, no soportaba que su marido durmiera desnudo y por eso lo condenó al exilio de la segunda habitación, vivían junto a

---

nuestra casa, con su jardín salvaje qué a mí, siempre me pareció un vergel, con variedad de plantas, aparentemente desordenadas, pero abundantes en cantidad y calidad de especies. Se multiplicaban en los verdes claros y oscuros del patio y su sombra de parra, más al fondo, los llamados animales de corral, gallinas, guineas, patos, conejos y teros de campo confundían sus graznidos despertándonos todas las mañanas. Por aquel tiempo, era normal que una casa ocupara el centro de un terreno de 1/8 de hectárea, un jardín delante y un patio detrás que conectaba, casi siempre, con un huertito ordenado que proveía al consumo básico y que, junto con las carnes y huevos, alimentaban la economía y ese sueño de la casita propia que representaba una especie de versión limitada del sueño americano del pequeño propietario.

«Mi casa es mi patria», eso me contaba Don Gregorio, antiguo peluquero en las afueras de la ciudad, que ahora había adquirido los galones de cobrador de la luz y que, con su bicicleta negra antigua, se había creado un personaje digno de respeto y relacionado con todos y cada uno de los vecinos. Luego fui descubriendo que cada argentino construye su propio mito y de esta «enfermedad» tampoco me libré, se contagia con entusiasmo y no hay vacuna contra este virus, el argentinismo. No solo los porteños son poseedores de esa poción mágica, como la de Astérix.

---

# **Del hambre o de la guerra, pero, sobre todo, bajaban de los barcos**

El viejo Don Gregorio decía, entre un chiste y un cuento de su tierra, «ha habido dos inmigraciones, la del hambre primero y la de la guerra después, aunque las dos se mezclan y confunden porque los motivos son, al fin, los mismos, la injusticia», sentenciaba. Esa fue una primera iluminación que me aclaró un poco las razones de tan variada mescolanza, lo que sucede es, que tuvieron que dejar de lado sus enemistades, que él llamaba líos, para ponerse a construir su nueva casa, abrir sus negocios, aprender nuevos trabajos, criar hijos, y ya no había tiempo para andar peleando, aunque siempre, como dice el refrán, «donde hubo fuego, cenizas quedan», o brasas, para explicarse mejor.

---

# **Las herencias sociales y culturales. Los niños**

También los niños heredamos algunas de las rencillas que callaban los mayores sin olvidarlas, así fue como conocimos el racismo con los oscuros de piel, que no llegaban a ser negros, pero no podían disimular sus fácciones indiadas, del mismo modo que una especie de desprecio por los judíos que abundaban en el barrio y que, normalmente, tenían casas más grandes y modernas, una especie de envidia de clase que disimulábamos con ese desprecio.

La clase media en Argentina en las provincias, siempre ha sido más conservadora que la de Buenos Aires, donde la cultura de cada comunidad contribuyó a enriquecer la cultura de todo el país con raíces fuertes y que, aún hoy, caracteriza esa fertilidad creativa en todos los campos del arte.

---

# Contextos domésticos (mi casa)

Esta casa y este barrio del cual hablo, fue la tercera en poco tiempo, construida por los planes del Gobierno peronista que estaba llegando a su fin y no contaba con la simpatía, sobre todo, de mi madre, y que dio lugar a más de un disgusto.

La primera había sido de emergencia en una parte de la casa de una tía abuela hipocondríaca, famosa en la familia por este motivo y por sus juanetes. Viajaba siempre con tres maletas, una para los zapatos, otra para la ropa —era muy coqueta— y otra para las medicinas, sospechamos siempre que hubiese una cuarta para llevar los chismes de familia que transportaba a lo largo y a lo ancho del territorio nacional, todo un personaje la vieja, Missia Pepa la llamábamos como si la hubiese inventado Constancio C. Vigil, dibujante que nos educó en la infancia.

La segunda casa, que aún se conserva, rodeada de enredaderas floridas y firmes plantas espinosas, tuvo que ser en las afueras de la ciudad. El motivo, la delicada salud respiratoria de mi madre, cosa que hemos heredado los hermanos, aire puro cerca del río Uruguay, el río de los pájaros en guaraní, cerca del Parque San Carlos, maravilloso lugar para la imaginación infantil porque, además de tener un circuito de carrera para coches de diferentes categorías (Ford T modificados y Turismos de carretera), tenía



---

un castillo de unos nobles franceses sin hijos y donde se había alojado también el autor de *El Principito*; el castillo se había quemado poco después de tan ilustre visita, motivo más que suficiente para desatar la mitología posterior con sus fantasías amorosas del trío, que había convivido en el lugar y que dejó en herencia las ruinas y una poco digna estatua del Principito.

He ido confeccionando el cuento a través de los años como si fuese un collage que recorta, suma imágenes y las reordena en los suaves renglones de la ausencia.

Muchos recuerdos siguen presentes de esa casa solariega que tenía más de una hectárea alrededor y donde criábamos cerdos, ovejas, gallinas, patos y algunos caballos. Precisamente allí, cuando cumplí tres años, me regalaron mi primer caballo, un petiso alazán un poco loco que apenas recibido y montado a pelo, me tumbó al suelo, tardé más tiempo en subir que en caer, menos mal que mi padre me subió nuevamente, enseguida, para que no tuviese miedo, y para que el animal no se encaprichara con esa costumbre, cuestión de reflejos, gran lección, de esas que no se aprenden en ninguna escuela sino en la calle de la vida. No sería la única, ni la última, porque de los materiales de nuestra biografía estamos hechos.

De los vecinos de aquella casa, que ahora descubro misteriosa, encontré muchas otras cosas que marcaron mi camino. Quicho y Pedro, dos muchachos de manicomio, hijos de los García, vivían y se paseaban confinados dentro de una valla alta que circundaba el espacio que rodeaba la propiedad que en medio tenía una casona lúgubre donde, a su vez, plantas y arboledas le secuestraban la vista. Estos personajes merecen un capítulo aparte, siempre me recuerdan «la casa de las ventanas verdes» del Asís brasileño que albergaba a los locos del pueblo que acababan siendo más que el resto de habitantes.

---

# Radio teatro

Jabón Lux de tocador patrocinaba los sábados por las noches un programa que me dio las primeras señales de lo que era el teatro. Largas tardes de invierno y de radio teatro suavizaban nuestras ansias, esperando que mi padre, a caballo y uniforme militar, mal pertrechado, regresara por el fangoso callejón, después de largas maniobras de aquel seis de caballería al cual servía y cuidaba como sagaz veterinario, vocación que había descubierto en el terremoto de San Juan cuando hizo su servicio militar.

La vieja Radio Serra, invento de un jerezano, abuelo de una amiga, como pude descubrir muchos años después en España, era la fiel compañía de mi madre, yo lo odiaba, mientras tragaba con dificultad los trozos de huevo pasado por agua que no me gustaban.

Pasaron tres veranos hasta que nos mudamos a la nueva casa que estrenamos. Atrás quedaron, con algo de nostalgia, nuestras correrías entre animales, aquellos pequeños pollos que mi hermano secuestraba de la incubadora para aplastarlos con su culo sobre un tronco para escuchar el ruido. «Ese niño era un ¡monstruo!», pensaran los bien pensantes, justamente, pero entonces la relación con la vida y con la muerte era más «natural» y costaba poco, alguna reprimenda como la que se llevaba por meter los dedos en los huecos de los pasadores de las puertas y chuparse la tierrita, hasta que mi madre tuvo la brillante idea de ponerle pimienta y provocar el llanto de su honor herido más que del dolor en su lengua.

---

Yo miraba, entre curioso y sorprendido, aquellos experimentos «vitales», deduzco que de ahí me viene una cierta tendencia a la especulación y a la deducción para comprender los riesgos que conllevan algunas aventuras.

Entre los cuatro y cinco años tengo registrados, vagamente, algunos hechos sociales y familiares, todos sucedieron en el viejo caserón de mis abuelos, padres de mi madre, Doña Clementina Silva y Don Antonio «Berequetúm» Rubinich, austro-croata, alto y capataz de los frigoríficos que daban trabajo a mucha gente, entre otros, a los fortachones hijos de esa familia, Héctor y Hugo, que crecieron al amparo del sindicato peronista que dominaba esos ambientes de trabajo, hombres rudos y aficionados a la caza y a la pesca en el río Uruguay y arroyos afluentes.

---

# Rancho aparte

Recuerdo un ranchito, construido exprofeso junto al río, lugar misterioso para los niños, llenos de aparejos de pesca y canoas, donde siempre sospeché que se celebraban no solo asados sino algunas juergas y juegos clandestinos, campeonatos de truco y otras debilidades de los fines de semana. Había un curioso cartel mal escrito sobre un trozo de madera: «U.T.T.», ese código secreto escondía una broma íntima, «Unión Tomadores de Tinto».